

Nosferatu. Revista de cine (Donostia Kultura)

Título:

JOAN COLLINS. LA PRINCESA MALVADA DE TIERRA DE FARAONES

Autor/es:

Eduardo Mendoza

Citar como:

Eduardo Mendoza (1997). JOAN COLLINS. LA PRINCESA MALVADA DE TIERRA DE FARAONES. Nosferatu. Revista de cine. (23).

Documento descargado de:

<http://hdl.handle.net/10251/41003>

Copyright:

Reserva de todos los derechos (NO CC)

La digitalización de este artículo se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



UNIVERSITAT
POLITÈCNICA
DE VALÈNCIA

donostiakultura.com

Joan Collins

La princesa malvada de Tierra de faraones

Eduardo Mendoza

Según me dicen, Joan Collins goza de muy mala fama entre los aficionados al cine. Al parecer, en la segunda mitad de su carrera, ya talludita, Joan Collins desempeñó durante muchos años el papel de malísima en una serie de televisión que todo el mundo veía, pero que todo el mundo menospreciaba, como suele suceder. Es posible que la desacreditara su prolongada pertenencia al elenco televisivo. También es posible que su reiterada maldad provocara una cierta saturación entre el público, porque así como la virtud es eterna y su brillo nunca mengua, la maldad, incluso para los aficionados, tiene un límite.

Sea como sea, Joan Collins no sólo goza de mala fama, sino que esta mala fama tiene efectos retroactivos. Nadie parece recordar que en un tiempo Joan Collins fue una mujer sumamente atractiva (a mí me lo parecía entonces, siendo yo adolescente, y me lo sigue pareciendo ahora) y además una actriz bastante dúctil, como se puede ver en la película que ahora nos ocupa y en otra algo posterior, una comedia titulada **Un marido en apuros** (*Rally Round the Flag Boys!*, 1958), dirigida por Leo McCarey, con Paul Newman y Joanne Woodward, y donde Joan Collins estaba muy graciosa y pizpireta.

Lo peor de la mala fama es que salpica al que



tiene a su lado. Es cierto que *Tierra de faraones* (*Land of the Pharaohs*, 1955) no es una película de primera magnitud. No sé por qué razón se le ocurriría a Howard Hawks meterse, no sólo como director, sino también como productor, en una historia tan alejada de su mundo habitual y tan ajena a su estilo. Hasta entonces había cultivado -y seguiría cultivando todavía muchos años con gran éxito: *Río Bravo* (*Rio Bravo*) es de 1959; *El Dorado* (*Eldorado*), de 1966- la comedia, el *western* y la serie negra, géneros algo dispares entre sí, salvo por el hecho de compartir un realismo a machamartillo. El propio Hawks confiesa que a la hora de enfrentarse al guión de *Tierra de faraones* ni los guionistas sabían cómo tenían que hablar los antiguos egipcios, un problema que nunca inquietó a Cecil B. De Mille. Ni a Shakespeare. Tampoco se entiende por qué cayó en la trampa del colosalismo propio de los inicios del Cinemascope, con sus ambientes exóticos y su música de fanfarria y coros. Con todo, sin ser una película de primera categoría y a pesar de una partitura horrorosa de Dimitri Tiomkin que hace ridículas muchas escenas, *Tierra de faraones* cumple bastante bien su cometido espec-

tacular, por debajo de *Los diez mandamientos* (*The Ten Commandments*, 1956), pero muy por encima de un bodrio presuntuoso y desabrido como es la *Cleopatra* (*Cleopatra*, 1963) de Mankiewicz.

Sin embargo, lo más curioso de *Tierra de faraones* no es su mejor o peor adaptación a las convenciones del género, sino el hecho extraño de haber elegido ese formato para contar una historia intimista, con ribetes filosóficos, que se desarrolla entre muy pocos personajes y en ambientes cerrados, opresivos y claustrofóbicos, en la penumbra de los corredores y alcobas de palacio, un laberinto y, por último, una tumba. No es menos extraño que para esta oscura trama se eligiera un protagonista como Jack Hawkins, un actor inglés muy competente, pero del cual nunca se vendieron muchos pósters. Sólo la presencia de Joan Collins, con su vestuario algo arrevistado, pero muy osado para la época, permitió en su día editar unos reclamos publicitarios de la película que no ahuyentasen al espectador.

Pero no es Joan Collins, aunque sea ella quien a la larga perdura en nuestra memoria, el personaje

Tierra de faraones



central de la película, sino el faraón Keops, cuyo pecado atrae sobre sí un castigo terrible en forma de Joan Collins.

Keops (que tal vez coincida con el personaje histórico de este nombre o tal vez no) es, al inicio de la historia, un buen gobernante y un gran militar, cuyas victorias sobre los países vecinos llevan a Egipto incalculables riquezas. Estos éxitos materiales y su condición divina no lo han vuelto orgulloso ni arbitrario. Es un gobernante justo y sabio, querido por su pueblo; también es un marido solícito y un hombre razonable, capaz de discutir con su mejor amigo, el sumo sacerdote, sin perder la ecuanimidad ni el sentido del humor. Su única debilidad, y no es debilidad pequeña, es la codicia. Confunde el poder con la riqueza y la riqueza con la acumulación. Cuando su amigo le reprocha su desmedida afición por el oro, él responde que no sólo piensa atesorar tanto oro como le sea posible, sino que se propone conservarlo eternamente. Al decir esto, desafía a los dioses, que han dispuesto que todo perezca.

A partir de aquí, el afán por perpetuar y preservar la riqueza se convierte en el destino de cuantos le rodean: su círculo íntimo y su país. Con la complicidad de un arquitecto genial y cautivo inicia la construcción de una tumba inexpugnable, donde su cadáver embalsamado pueda gozar de la vida eterna rodeado de su tesoro. La construcción de esta tumba durará muchos años y agotará los recursos y energías del país; donde antes reinaba la alegría y el bienestar ahora imperan la miseria y la opresión. El castigo del cielo no se hace esperar.

La princesa Nellifer (a quien Joan Collins presta sus rasgos y su figura), hija del rey de un país vasallo, acude a Egipto a ofrecerse al faraón en sustitución del tributo exigido por éste para costear la

construcción de la pirámide. La historia no nos dice si la princesa acepta convertirse en mercancía por abnegación, para salvar a su pueblo de la indigencia, o si lo hace movida por otras razones, atraída por la leyenda de las riquezas fabulosas que el faraón ha acumulado, tal vez con el secreto designio de apoderarse de ellas. Sea como sea, el faraón y la princesa descubren pronto que están hechos el uno para el otro. Ella se convierte en su favorita; él, con su complicidad, consume su descenso a la sima de la perversión y el crimen, y el resultado de esta impía alianza se produce de un modo inexorable: Nellifer organiza el asesinato de la primera esposa del faraón para convertirse en su heredera y, más tarde, la muerte del propio faraón. El sumo sacerdote, a quien nunca ha pasado inadvertida la maldad de Nellifer, la condena a morir en el interior de la pirámide, oportunamente concluida para recibir el cadáver y el tesoro de su destinatario, junto a la momia del faraón y las riquezas que tanto ha deseado.

A diferencia de otras mujeres malas del cine americano, cuya maldad consiste en el quebrantamiento de las leyes o de las normas sociales con el único objeto de hacer su voluntad sin trabas, la mala de *Tierra de faraones* hace el mal, en el sentido de que deliberadamente destruye, pervierte o corrompe lo que hay de noble y de bueno en el ser humano. Sus asechanzas hacen víctimas entre los inocentes y entre los culpables del mismo modo: movilizándolo la virtud de los unos y la flaqueza de los otros para empujarlos a su aniquilación.

Tanto en el planteamiento de la historia como en su moraleja es fácil ver la mano de William Faulkner, a quien Howard Hawks llamó para que colaborara en el guión de *Tierra de faraones*. Faulkner había trabajado años antes en Hollywood, al parecer, por



razones financieras. Se sabe que intervino en diecisiete guiones, once de los cuales se convirtieron en películas, aunque sólo en dos de ellas, ambas dirigidas por Hawks, se le menciona como guionista: *Tener y no tener* (*To Have and Have Not*, 1944) y *El sueño eterno* (*The Big Sleep*, 1946). Casi diez años más tarde, y ya desvinculado de Hollywood, Hawks recurrió a Faulkner para escribir el guión de *Tierra de faraones*. Según el propio Faulkner, acudió al llamamiento de Hawks por amistad y también por gratitud, ya que éste le había ayudado en épocas difíciles. Faulkner se reunió con Hawks en Egipto en 1954. Tal vez para entonces ya tenía escrito el guión, o una versión del mismo. Ignoro si Faulkner había visitado Egipto anteriormente. En cualquier caso, es de suponer que la visión de los restos faraónicos impresionó grandemente al escritor, que, al menos a juzgar por la película, debió de ver en aquella monumentalidad trascendental el tipo de obsesión arrolladora que tantas veces aparece en sus novelas. En muchas de sus novelas Faulkner había utilizado temas sacados de

la Biblia y había utilizado referencias bíblicas para titularlas: *Absalón*, *Absalón*, *Desciende Moisés*, etc. Fiel a sus inclinaciones, ideó para Howard Hawks la historia paralela del sueño trágico del faraón y su sangriento fracaso.

El personaje de Joan Collins, al margen de lo dicho, no abunda en matices psicológicos: como actriz sólo tiene que mirar de soslayo y esbozar todo el tiempo una sonrisa taimada. Joan Collins hizo esto y algo más: dotar a la malvada princesa Nellifer de una presencia tan bella y sensual para su tiempo que hacía la corrupción de sus víctimas no sólo comprensible a los ojos del espectador, sino incluso envidiable. No es éste un tipo de maldad cinematográfica que quede impune. Una mujer mala, en cine, es un ser al que hay que poder enviar a la hoguera sin reservas. Quizás en eso estriba la mala fama que ha perseguido desde entonces a Joan Collins. O quizás la explicación es más sencilla. El antiguo Egipto es tierra rica en maldiciones de ultratumba; quién sabe si una momia ofendida no lanzó un maleficio sobre la carrera de la pobre Joan.